

PERSECUCION

La Iglesia, si es fiel a su misión y en la medida en que sea fiel a su misión, será perseguida. Podrá cambiar el estilo de la persecución desde la mofa y el ridículo hasta la tortura y la muerte. Pero la palabra de Cristo es tajante: "Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros". (Juan, 15, 20).

Hasta hace poco, donde preponderaba la persecución a la Iglesia, donde se hablaba sin descanso de la Iglesia perseguida, era en los países llamados comunistas. De hecho en los países comunistas — no olvidemos tampoco la Alemania de Hitler y casos similares— hubo persecución positivamente represiva. Y aunque la represión se ha estilizado, todavía puede hablarse de persecución en muchos de esos países. No nos debe sorprender que esta persecución haya robustecido en bastantes casos a la Iglesia, porque así está predicho en el Evangelio. Aunque tampoco debemos olvidar que la persecución no es a veces por razón de Cristo sino por resistencia política al poder público.

Pero cada vez se deja sentir más una verdadera persecución en países occidentales. No es todavía a la Iglesia como tal sino a ciertos de sus miembros. Basta abrir las revistas de información católica y aun de información general para encontrar numerosos casos en los más distintos países: Argentina, Brasil, Colombia, España, Haití, Paraguay, Portugal, Santo Domingo, Uruguay, etc. También en los países centroamericanos empiezan a aparecer los primeros brotes.

No queremos en forma alguna afirmar que todos y cada uno de los casos supongan un ataque directo a la Iglesia, en lo que tiene de mensajera y signo de Cristo. Más bien parecería lo contrario: son casos aislados de clérigos o laicos comprometidos —ya empieza a haber algún Obispo también— a los que no es difícil atribuir una intención política. Es decir, cristianos que encarnan con exceso, según los represores, su sentir evangélico en una acción temporal. Se les castiga por su acción temporal y no por el espíritu evangélico que les anima. Pero la disculpa es demasiado fácil para que resista a la crítica. Supone, por un lado, que el espíritu evangélico deja de serlo cuando cobra su total y

Editoriales

comprometida encarnación; e ignora, por otro, que hasta aquí no se ha tomado como compromiso político de la Iglesia su connivencia con las fuerzas políticas y económicas reinantes. Supone, finalmente, que la nueva conciencia de la Iglesia, expresada en documentos como los emanados de la Reunión de Medellín, no es la actualización del Evangelio sino una sacralización de corrientes marxistas.

El problema no es fácil de resolver, pero algunas observaciones pueden hacerse para enfrentar cristianamente el nuevo fenómeno.

Ante todo, debe subrayarse la novedad del fenómeno. Los conatos de persecución vienen de gente nueva, de fuerzas nuevas. Gente y fuerzas que no tienen como su interés inmediato y principal lo que suele llamarse interés social. Es manifiesto que la Iglesia se va "socializando" cada vez más; es cierto que a los nuevos perseguidores lo que les molesta es esta franca socialización: sea porque la Iglesia defienda derechos humanos violentados por ciertos políticos, sea porque defienda los derechos de los más perseguidos y necesitados, que con sus voces, muchas veces mudas, arman una atronadora protesta que son muchos los que no quieren escuchar. Se están enfrentando a la Iglesia aquellos que antes estaban con ella, porque la Iglesia había olvidado su misión profética. Pero esto es evidentemente una ganancia o, para decirlo en términos evangélicos, una bienaventuranza.

Pero no debiéramos ser fáciles en creer que cualquier denuncia y lucha es sin más cristiana. Hay legítimas opciones que no por ser contrarias a las nuestras entran forzosamente en colisión con el evangelio. Ni todos los modos son evangélicos, bien que en ningún lado está probada la ecuación entre dulzura y caridad, ni siquiera entre manse-dumbre y caridad.

Dicho esto, importa insistir en que la bienaventuranza de la persecución empieza a probar que la Iglesia en muchas partes de la América Latina empieza a encontrar su camino cristiano. Son muchos, incluso entre los jerarcas, los que preferirían que no se diesen colisiones, que se volviese a la quietud antigua. Hay que recordarles, lo debemos recordar todos, que no es camino evangélico evitar la colisión abandonando los deberes de la propia misión. Salvada toda la intensidad y la efectividad de la palabra cristiana, es cuando hay posibilidad de referirse a la paz. Cristo no buscó la cruz pero se encontró con ella, porque su misión religiosa pareció a los poderes de su tiempo un desafío socio-político.

COMENTARIO A DOS MUERTES

Todos los días los periódicos nos informan de suicidios, asesinatos y muertes, ocurridos en el país. Todos los días nos informan de muertes en Vietnam o en el Cercano Oriente. Parecería que nos íbamos acostumbrando a estas noticias, y que alguna muerte más no nos llamaría la atención. Pero en el mes de abril ocurrieron dos muertes que sacudieron la sensibilidad, la conciencia y la indignación de la mayoría.

En Guatemala era secuestrado y asesinado el embajador de Alemania Occidental, von Spretti. En El Salvador aparecía muerto junto a una carretera un profesor universitario extranjero, el Lic. Quezada, aparentemente por un accidente automovilístico, pero la autopsia parecía revelar que había sido asesinado.

Son dos casos muy dispares, pero mutuamente se iluminan. El Embajador alemán fue secuestrado. Nadie creía que de verdad sería asesinado, o porque se cumplirían las condiciones exigidas para su liberación, o porque no se atreverían a sacrificar a un diplomático, ajeno a la lucha política del país en que desempeñaba su representación, inocente en los problemas que tienen sumergida a Guatemala en una especie de guerra civil. Probablemente ni los mismos secuestradores creerían que se iban a ver compelidos a matarlo. Pero lo hicieron.

Podríamos discutir qué utilidad para su causa obtuvieron con esa muerte. Pero parece más importante reflexionar sobre las circunstancias que hicieron posible esa muerte. La indignación mundial ha sido unánime. ¿Será suficiente para impedir que semejantes casos se repitan?

No sería exacto decir que Guatemala se encuentra al borde de una guerra civil. Está en guerra civil, aunque de otro tipo de las clásicas. Varios grupos organizados luchan permanentemente entre sí, se toman la justicia y la venganza por su mano, y pretenden tomar el control pleno de la

Editoriales

nación. ¿Cuáles son sus causas? Si no se las descubre, si no se afrontan y solucionan los problemas desde la base, desde la raíz, la violencia o la represión no lograrán más que ahondar la contienda, y agudizar el caos que se cierne sobre el país. ¿Por qué la FAR se ha lanzado a las armas y a los secuestros, y no lucha democráticamente? ¿qué fines pretenden? ¿qué cambios reclaman? ¿qué derechos se arrogan? ¿qué justicia piden? Es preciso estudiar sus exigencias, y tratar de salvar a la nación por la justicia y la paz. Y el orden, y la ley, y la justicia ¿son incapaces de impedir la anarquía? ¿ceden su puesto, impotentes, resignados, a la venganza y represión individual o colectiva? ¿Será capaz el próximo gobierno de hacer renacer la esperanza, estableciendo una verdadera justicia para todos los ciudadanos?

La Universidad Nacional de El Salvador había contratado a un catedrático extranjero, el Lic. Quezada. Un día apareció muerto, y parece ser que asesinado. ¿Por quién? ¿dónde? ¿cómo? Nada se ha esclarecido. Todo ha quedado en la duda de las sospechas, aunque algún manifiesto, al que muchos no dieron credulidad, se inculcó de su muerte por motivos políticos.

Su personalidad pudo ser discutible. Pero se trata de la vida —o mejor de la muerte— de un hombre, de un extranjero, de un profesor universitario. De todos modos, de un hombre. Y la vida de un hombre es sagrada, y sus derechos no pueden ser violados impunemente. Es imprescindible que la justicia aclare esa muerte, y los culpables sean descubiertos y castigados según la ley. Estamos jugando con fuego. Si no hay justicia, cada uno se la tomará, para convertirla en venganza. Y de ahí al caos no hay más que un paso. Guatemala está muy cerca, y su ejemplo es muy presente.